

► DOSSIER

APUNTES SOBRE LOS RASGOS ESTRUCTURANTES DE LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL EN LA ARGENTINA RECIENTE Y SU CRISIS



Por Damián Pierbattisti

INTRODUCCIÓN

Difícilmente pueda negarse que exista un enfrentamiento singularmente nítido entre dos programas de gobierno que definen sendos proyectos de país. Las nominaciones que cada uno asume fueron adjudicadas en virtud del trazo grueso que los define: el proyecto “nacional y popular” recupera una vasta tradición histórica inscripta en el campo del desarrollismo económico, íntimamente articulada con la vertiente de la que es heredero dilecto el nacionalismo político. Los tres grandes pilares sobre los cuales se funda el Peronismo, y que simultáneamente le otorgan un principio de inteligibilidad a su doctrina de gobierno (soberanía económica, independencia política, y justicia social) rigen, en cierta forma y dentro de los márgenes de maniobra que otorga el capitalismo transnacional argentino, la lógica política del proceso social que se abrió el 25 de mayo de 2003. Este complejo período, que encuentra sus condiciones de posibilidad en la crisis orgánica de la Convertibilidad, que estallara en diciembre de 2001, se ve atravesado por el intento de reconstruir una férrea autoridad estatal con capacidad para incidir en las luchas interburguesas por la apropiación del excedente social, aspecto que, simultáneamente, se corresponde con la determinación por construir un modelo de acumulación de capital fuertemente anclado en la expansión de la demanda agregada y, por consiguiente, el desarrollo del mercado interno.

Por el contrario, a la alternativa real de gobierno que enfrenta esta racionalidad política se le asigna el inabarcable concepto de “neoliberalismo”; esa noción donde desemboca todo lo que se opone, o al menos así se lo postula, a la lógica política que rige al proceso social en curso. Por neoliberalismo se pueden entender iniciativas muy diversas pero que encuentran, sin embargo, un “centro de gravedad” (Clauzewitz, 1998) nítido que refiere a los modos por medio de los cuales el funcionamiento del libre mercado, anclado en la competencia como principio motor, guía el desenvolvimiento del orden social capitalista. En el presente artículo abordaremos algunos de los rasgos estructurantes de la racionalidad política neoliberal con el fin de construir un sólido marco teórico que nos permita conocer, con mayor rigor al existente, cuáles son aquellos vectores sobre los que se apoya tal doctrina de gobierno. Y paralelamente,

que nos permita relativizar, o matizar, la crisis supuestamente terminal que la atraviesa desde el funesto diciembre de 2001 hasta la fecha.

Damián Pierbattisti. Sociólogo de la U.B.A. y Dr. en Sociología de l' Université de Paris I (Panthéon-Sorbonne). En Argentina, se formó con el profesor Juan Carlos Marín (quien fue su Co-Director de Tesis Doctoral, financiada en su totalidad por el CONICET) y con el profesor León Rozitchner, con quien trabajó como docente en su cátedra “La Construcción Social de la Subjetividad”, de la Carrera de Sociología, entre 1994 y 1997. En Francia, continuó su formación integrando el Laboratorio Printemps de l'Université de Saint Quentin en Yvelines, dirigido por el profesor Claude Dubar. También formó parte del equipo de trabajo del Prof. Christophe Dejours en el Conservatoire National des Arts et Métiers. Entre sus publicaciones más importantes se destacan: La privatización de los cuerpos. La construcción de la proactividad neoliberal en el ámbito de las telecomunicaciones, 1991-2001, libro publicado recientemente por la Editorial Prometeo y su tesis doctoral publicada en marzo de 2005 por el A.N.R.T., Lille, Francia: Destruction et reconstruction des identités au travail en Argentine: la privatisation d'ENTel 1990-2002. Actualmente es Investigador Asistente del CONICET y del Instituto de Investigaciones “Gino Germani” de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

RESEÑA TEÓRICA SOBRE EL “NEOLIBERALISMO”

*“La economía es el método,
pero el objetivo es cambiar el alma”*

Ya se lo aborde como el conjunto de políticas destinadas a remover las rigideces de los mercados laborales, las aperturas comerciales que posibilitan el incremento de la circulación mercantil a escala planetaria o las desregulaciones financieras destinadas a permitir el libre flujo de capitales, el neoliberalismo como “doctrina de gobierno” (Foucault, 2004b) y “racionalidad económica” (Dardot y Laval, 2010) que acompaña la fase actual de la expansión de la formación social capitalista, es inescindible de los vastos programas de Reforma del Estado que atraviesan el Occidente capitalista en el curso de las últimas cuatro décadas (Andrisani et al, 2002; Audard, 2009; Carter, 2006; Duménil y Lévy, 2006; Pierbattisti, 2011). En efecto, “Estos gobiernos conservadores han puesto seriamente en cuestión la regulación macroeconómica keynesiana, la propiedad de las empresas públicas, el sistema fiscal progresivo, la protección social, el encuadramiento del sector privado por regulaciones estrictas, particularmente en materia de derecho laboral y de representación sindical. La política de la demanda destinada a sostener el crecimiento para alcanzar el pleno empleo, fue el blanco principal de estos gobiernos para los cuales la inflación devino el problema prioritario” (Dardot y Laval, 2010: 273).

1Frase atribuida a Margaret Thatcher y citada por David Harvey (2005: 29).

El problema inflacionario constituyó el talón de Aquiles de los Estados de Bienestar en Occidente. Es posible unificar en este punto el blanco de la ofensiva neoliberal tendiente a deslegitimar la pervivencia de un modelo de acumulación de capital anclado en el desarrollo del mercado interno, salarios altos, clase obrera organizada y una extendida red de protección social. Sin embargo, la potencia de la ofensiva neoliberal se verificó en el hecho de haber logrado concentrar las más diversas experiencias nacionales bajo el ala de un diagnóstico común, susceptible de ser aplicado más allá de cualquier especificidad del orden que fuese: el incremento de los índices inflacionarios así como la caída de la tasa de ganancia empresarial era consecuencia directa de los aumentos salariales por encima de la productividad; el “exorbitante” nivel que había alcanzado el gasto público iba de la mano de una descontrolada emisión monetaria; una elevada tasa impositiva impedía que los empresarios reinvirtieran sus utilidades; la gestión deficitaria de las empresas públicas proveedoras de servicios públicos era uno de los tantos efectos de los mercados fuertemente regulados, lo cual se encontraba en sintonía con un sindicalismo que ejercía un inocultable poder de veto, y fuerte contrapeso, a las diversas iniciativas capitalistas. Esta caracterización general constituye tanto el diagnóstico de una situación como el discurso sobre el cual se construirá la legitimidad necesaria para la expansión de la racionalidad neoliberal y de su poderoso operador teórico-político: la libre competencia. Este punto de partida constituye la retaguardia ideológica de las políticas públicas que, desde el ejercicio del gobierno del Estado, fundamentalmente durante la década de 1990, tendió a organizar el orden social capitalista desde una perspectiva diferente a la que rigió la lógica del modelo keynesiano. El principal problema político que enfrentaron los intelectuales orgánicos de la corriente neoliberal, consistió en el hecho de impulsar la existencia de mercados desregulados, o auto-regulados en virtud de la libre competencia de los factores de producción, sobre fondo de una cultura política que construyó su legitimidad popular por haberse orientado en el sentido contrario. De allí la importancia que asume el proceso hiperinflacionario desatado durante el bienio 1989-1990 para construir las condiciones de posibilidad necesarias a la imposición del paquete de medidas neoliberales o “reformas de mercado”, como fueron llamadas oportunamente.

En la tradición neoliberal, el mercado no es sólo el espacio del intercambio: es el espacio del intercambio atravesado por la libre competencia sin ningún tipo de intervención exógena. Desde luego que esta perspectiva supone la colisión directa entre la extraordinaria ofensiva del capital sobre el trabajo con los derechos sociales adquiridos previamente, caracte-

risticos del marco regulatorio del capitalismo de posguerra y de la fuerza social que encarnaba tal determinación, el peronismo. Este punto es medular porque alcanza al núcleo duro que todo análisis referido al desenvolvimiento de cualquier orden hegemónico debe tomar en consideración: la dimensión de la legitimidad. Como fuere, el conjunto de los derechos que constituyó la retaguardia jurídico-política de la clase obrera, y cuya cristalización en el espacio jurídico señala los avances logrados en una correlación de fuerzas favorable para los sectores populares, expresaba una racionalidad política fuertemente opuesta a la que rige la lógica mercantil propia de la doctrina neoliberal de gobierno.

“El neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por los derechos de propiedad fuertes, mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas [...] Por otro lado, en aquellas áreas en las que no existe mercado (como la tierra, el agua, la educación, la atención sanitaria, la seguridad social o la contaminación medioambiental), éste debe ser creado cuando sea necesario mediante la acción estatal. Pero el Estado no debe aventurarse más allá de lo que prescriban estas tareas. La intervención estatal en los mercados (una vez creados) debe ser mínima porque, de acuerdo con esta teoría, el Estado no puede en modo alguno obtener la información necesaria para anticiparse a las señales del mercado (los precios) y porque es inevitable que poderosos grupos de interés distorsionen y condicionen estas intervenciones estatales (en particular en los sistemas democráticos) atendiendo a su propio beneficio” (Harvey, 2005: 6-7).

En tal sentido, la privatización de las empresas proveedoras de servicios públicos asumen un escenario estratégico para observar la racionalidad neoliberal en acción (Azpiazu, 2002; Pierbattisti, 2008). Esto responde a la abrupta escisión que se produce entre el tránsito de un paradigma anclado en la provisión de un servicio público, generalmente estratégico para el desarrollo del país en cuestión, a otro profundamente atravesado por la lógica mercantil que rige los destinos de toda empresa capitalista. Por tal

²El “mercado desregulado” que otorga “premios y castigos” en función de la eficiencia, la productividad y la competitividad, que brotan cual agua de manantial del libre juego de la oferta y la demanda es una ficción entre tantas otras, pero no deja de ser un poderoso operador teórico-político que organiza, y le confiere sentido, a la ofensiva neoliberal a escala global.

motivo, es comprensible que haya sido en la esfera de la organización del trabajo que el enfrentamiento entre racionalidades políticas opuestas verificase su paroxismo. La nueva “filosofía empresarial” se traducía en el modelo de management que se impondría en las privatizadas, y ponía de relieve dos de los rasgos determinantes de la racionalidad política neoliberal: la competencia entre pares y su deslizamiento al íntimo foro de la subjetividad. Si de lo que se trataba era de producir un cambio paradigmático que produjese un giro de 180 grados en la parsimoniosa improductividad que presentaba la cultura laboral correspondiente a la esfera pública, se desprende fácilmente que el sensible incremento de la productividad haya sido el eje sobre el que giró la imposición del proclamado “nuevo management”.

Esto no quiere decir que la competencia pierde la centralidad que asumía para el liberalismo clásico. Todo lo contrario: aquella se refuerza por el carácter que asume el tránsito de una sociedad regulada a la sociedad de los riesgos (Beck, 2008). El Estado de Bienestar se caracterizaba por asegurar una sólida red de protección social que preservaba a los individuos de los vaivenes económicos a los que están sometidos en toda sociedad capitalista. Un orden social construido sobre la asignación de recursos que se derivan del funcionamiento del mercado libre y del espíritu que lo impulsa, la competencia, evapora la malla de contención social; motivo por el cual emerge toda una tecnología de poder asociada a la responsabilización individual sobre el propio destino, tributaria directa de la progresiva colonización a las más diversas dimensiones sociales de nociones tales como “capital humano”, “empleabilidad” y “modelo de competencias”.

Este último aspecto es el que le otorga un sólido principio de inteligibilidad a la ofensiva neoliberal que acelera la profunda crisis del Estado de Bienestar en Occidente, desde inicios de los años ochenta. Los procesos de Reforma del Estado, que traducían tal ofensiva, abrieron la puerta a un novedoso “desbloqueo epistemológico” (Foucault, 2004a) que puso de manifiesto la extraordinaria porosidad de la incipiente hegemonía neoliberal para anudar los fenómenos macroeconómicos con sus ramificaciones más capilares, regionales, alejadas de los centros de gravedad con los cuales podrían identificarse las políticas neoliberales. En la idea misma del lucro como impulsor decisivo de la actividad humana subyace no sólo el rediseño de una estrategia destinada a organizar los procesos productivos desde una perspectiva claramente opuesta a la que orientaba el orden social capitalista bajo la impronta keynesiana sino que, también allí, se encuentra la fuente de legitimación por antonomasia de la ofensiva neoliberal: no hay acción humana que no esté regida por la ecuación

costo-beneficio. Puede comprenderse entonces que el poder colectivo organizado en sindicatos constituya uno de los primeros obstáculos que será preciso remover para instalar la individualización de los vínculos humanos atravesados por la lógica mercantil.

En nuestras investigaciones sobre la privatización de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel) y el modelo de gestión de la fuerza de trabajo que acompañó tal proceso, verificamos cuatro mutaciones epistemológicas que ilustran a la perfección la reconfiguración del orden social capitalista que promoviera la ofensiva neoliberal. Esta breve descripción se subordina al objetivo estratégico de volver observable la genealogía de ciertos deslizamientos conceptuales cuya vigencia se encuentra fuertemente asociada al carácter subrepticio de su propia normalización. En tal sentido, es preciso comprender teóricamente, de qué se trata el sesgo antineoliberal que asumió el kirchnerismo desde su origen como fuerza social, potencialmente, transformadora.

En las dos últimas mutaciones epistemológicas relevadas, se juega tanto el carácter antineoliberal del kirchnerismo como la inobservada vigencia de la racionalidad política que se articuló, a escala planetaria, con el proceso civilizatorio. En el tránsito de la noción de “trabajador” a la de “colaborador”, aparece tácitamente incorporada la decodificación de la mercancía fuerza de trabajo en función de criterios de acumulación de capital humano susceptibles de ser administrados individualmente. El colaborador es resultado directo de la emergencia de una sociedad de riesgos, en donde el marco jurídico que regulaba el mercado laboral se vio fuertemente afectado. Este fenómeno responde a tres factores específicos. En primer lugar, la ofensiva neoliberal buscó reducir el costo salarial al tiempo que facilitaba el ingreso y egreso de la fuerza de trabajo del mercado laboral. En segundo lugar, el avance sobre las leyes de protección y regulación de las relaciones laborales guiaba el

³En tal sentido, la privatización de ENTel es particularmente estratégica para analizar la forma en la que se impone una organización del trabajo fuertemente neoliberal puesto que “inspiró” los modelos de management que fueron impuestos en las privatizaciones posteriores.

⁴En efecto, fue a partir de las privatizaciones, puntualmente la de ENTel, que estos conceptos fueron difundidos y normalizados hasta el presente. No hay Ministerio de Trabajo en el mundo, al menos Occidental, que no incorpore entre sus preocupaciones inmediatas, el incremento de la empleabilidad de la fuerza de trabajo para responder a los desafíos que presenta el mercado laboral en la actualidad. Por su parte, el capital humano, su acumulación, valorización y realización, es inescindible de las formas reales que asume su traducción en precio en el mercado de trabajo.

⁵Es importante destacar la fuerte analogía que se establece entre el proceso privatizador liderado por Telefónica de España y France Télécom en la Argentina con la privatización progresiva de esta última. Numerosos científicos sociales en Francia destacan el vínculo que liga el incremento del sufrimiento en el trabajo, en razón del modelo de gestión de la fuerza de trabajo orientado fuertemente a incrementar la productividad laboral, con los más de cien suicidios de trabajadores de ambos sexos registrados desde enero de 2008. La individualización del desempeño profesional a partir de los objetivos trazados por la propia empresa y evaluados en un examen anual, entre muchas otras medidas, aumentó significativamente el conjunto de las razones que la medicina laboral asigna al surgimiento de patologías ligadas a las presiones en el ámbito de trabajo. Esta problemática fue abordada con el rigor que exige en Pierbattisti, 2013.

⁶A saber: de la noción de “usuario” se pasa a la de “cliente”; de “compañero de trabajo” a “cliente (o proveedor) interno”; de “trabajador” a “colaborador” y “de empleo de por vida” a “empleabilidad”. Analizaremos estas dos últimas.

camino hacia el efectivo empoderamiento individual en función del cual el salario se liga a la productividad que cada quien logre en el ejercicio de su trabajo; en medio de un contexto de fuerte desprestigio de la actividad sindical y de sus más diversas personificaciones que promovían la creciente ilegitimidad en la representación de los intereses colectivos. Finalmente, el aumento prácticamente exponencial del desempleo en el lapso durante el cual se llevó a cabo la ambiciosa Reforma del Estado que encararon los cuadros orgánicos del neoliberalismo argentino creaba las condiciones de posibilidad para garantizar una eficiente competencia de la fuerza de trabajo, individualizada y desarticulada sindicalmente, por puestos de trabajo cada vez más escasos. Desde luego este fenómeno no puede desligarse del esquema de paridad fija que imponía el Plan de Convertibilidad y el salario como costo excluyente que indicaba la competitividad de la economía doméstica.

La convergencia de estos tres factores tradujo una de las victorias tácticas en la lucha ideológica que el neoliberalismo mantuvo con el orden social capitalista keynesiano. Desarticular la monolítica defensa de intereses colectivos constituía el primer paso táctico para avanzar en la redefinición societaria promovida por la ofensiva neoliberal. Difícilmente la acumulación de capital humano en un cuerpo podría ser determinante en un contexto de fuerte sindicalización de la fuerza de trabajo.

Simultáneamente, la noción de colaborador pone de manifiesto la disolución del enfrentamiento capital-trabajo y su reabsorción contractual en el seno de la propia subjetividad. En efecto, el colaborador es la personificación de una asociación entre dos propietarios de capital donde el trabajo aparece como un hecho voluntario, desprovisto de todo índice coactivo y plenamente regido por un ilusorio intercambio entre partes equivalentes. Como administrador de un capital que le es propio, el colaborador determinará dónde valorizarlo y bajo qué circunstancias; sometido al ordenamiento social regido por la libre competencia entre colaboradores que ofrecen sus servicios en un mercado laboral crecientemente desregulado. Difícilmente pueda ponerse en cuestión que la recuperación de instituciones laborales tales como los Convenios Colectivos de Trabajo (CCT) y las paritarias anuales, desde 2003 a la fecha, constituyen un poderoso obstáculo a la expansión de la racionalidad neoliberal. Por el contrario, en el tránsito que se observa de la noción de “trabajo de por vida” a la “empleabilidad” descansa el inmovible núcleo duro de la ofensiva neoliberal que se articuló con un sólido proceso civilizatorio a escala planetaria. La empleabilidad remite a la imprescindible atención que amerita la acumulación de capital humano para sostener el precio de la mercancía fuerza de trabajo en un mercado laboral

desregulado en el que interactúan los colaboradores responsables de su propio destino. Dicho de forma más simple: la empleabilidad es la prescripción que se ejerce sobre la conciencia de los colaboradores y, al mismo tiempo, la racionalidad política que articula a cada vendedor de fuerza de trabajo con el mercado laboral donde éste lo ofrece. Racionalidad política encarnada en la lógica mercantil que guía los comportamientos humanos, el neoliberalismo hace pasar toda acción humana por el tamiz de una grilla de inteligibilidad económica:

“No es una concepción de la fuerza de trabajo esto que estamos describiendo. Es una concepción del capital-competencia que recibe, en función de diversas variables, un cierto ingreso que es un salario, un ingreso-salario, de modo que es el trabajador mismo el que aparece como siendo para él mismo una suerte de empresa. Y con esto se ha llevado al extremo este elemento que yo les había ya señalado en el neoliberalismo alemán, y hasta cierto punto en el neoliberalismo francés, esta idea de que el análisis económico debe reencontrar, como elemento de base de tales desciframientos, no tanto al individuo, no tanto procesos o mecanismos, sino empresas. Una economía hecha de unidades empresas: es esto que es, a la vez, el principio de desciframiento ligado al liberalismo y a su propia programación para la racionalización de una sociedad y de una economía [...] En el neoliberalismo, y esto no sólo no se oculta sino que se proclama, reencontraremos también una teoría del homo œconomicus pero que ya no será un socio del intercambio. El homo œconomicus es un empresario y un empresario de sí mismo. Y esto es tan verdadero que, prácticamente, será la apuesta de todos los análisis que hacen los neoliberales de substituir, a cada momento, el homo œconomicus socio del intercambio por un homo œconomicus empresario de sí mismo, siendo él mismo su propio capital, siendo para él mismo su propio productor y siendo para él mismo la fuente de sus ingresos” (Foucault, 2004b: 232-233).

Desciframiento al que no se llega por medio de una elección entre múltiples alternativas. Encarnada en la propia racionalidad que guió las diversas Reformas del Estado en Occidente, esta racionalidad técnico-económica nutre su fuerza del profundo desprecio moral al que le atribuía las causas últimas de la debilidad del Estado de Bienestar: el desempleo es fruto de las enormes erogaciones en materia de protección social destinada a subvencionar a los desocupados; la educación gratuita es el factor determinante de la baja calidad educativa; el sistema público de salud origina el incremento del gasto público y la conse-

cuenta emisión monetaria, lo que desemboca en la formación de un proceso inflacionario. Así, el neoliberalismo articula un discurso moral de donde surge la tecnología de poder que se traducirá en los mecanismos disciplinarios tendientes a autorregular los comportamientos sociales en función de una acumulación necesaria de capital humano imprescindible para subsistir en un mundo desregulado y carente de toda garantía. El riesgo, la imprevisibilidad y la empleabilidad son al neoliberalismo lo que las políticas públicas protectoras y universalistas lo eran al keynesianismo, caído en desgracia. La subjetivación neoliberal traduce la construcción de un individuo proactivo, productor y responsable de sus condiciones materiales de existencia, en detrimento de la pasividad a la que era relegada la antigua figura del mero consumidor. El análisis que Gary Becker (1960) elabora de la familia como si se tratase de una empresa destinada a producir ciertos bienes de diferente orden (estima de sí, aptitudes, salud, prestigio, etc.) marcan, quizás, uno de los rasgos estructurantes del neoliberalismo como doctrina de gobierno y racionalidad política que orienta el desenvolvimiento del capitalismo global en la actualidad: no hay comportamiento humano que no sea susceptible de ser traducido en precio (Becker, 1976).

Así, la coacción que construye las condiciones de posibilidad para que tal subjetivación fuese posible es inescindible de dos grandes tácticas que logró imponer la ofensiva capitalista, tal como lo demuestra el caso argentino:

a) Incremento exponencial del desempleo, factor por antonomasia de disciplinamiento de la clase obrera, que pasa del 6,2% en octubre de 1990 al 18,4% en mayo de 1995.

b) Expropiación de la retaguardia jurídico-política de la clase obrera: sanción de leyes que consagran la flexibilización del mercado laboral.

Sobre este sólido andamiaje coactivo se construyeron las condiciones de posibilidad para imponer la subjetivación neoliberal que alcanzará una amplia adhesión social en la Argentina que atravesó la última década del siglo XX. En otros términos, "La sola conversión de los espíritus no hubiese alcanzado; fue necesario obtener una transformación de los comportamientos. Esta fue por lo esencial la obra de técnicas y de dispositivos de disciplina, es decir de sistemas de coacción, tanto económicos como sociales, cuya función fue obligar a los individuos a gobernarse bajo la presión de la competencia, según los principios del cálculo maximizador y en una lógica de valorización de capital. La progresiva extensión de estos sistemas disciplinarios así como su codificación institucional desembocaron finalmente en la implementación de una racionalidad general, suerte de nuevo régimen de las evidencias imponiéndose a los

gobernantes de todas las posiciones como único marco de inteligibilidad de las conductas humanas" (Dardot y Laval, 2010: 277). Estos dos grandes vectores económico-jurídicos constituyeron la garantía indispensable para que el neoliberalismo, en tanto que racionalidad política de una racionalización económica, pudiese encontrar un sustrato fértil desde el cual reorganizar las relaciones humanas en el orden social capitalista argentino.

Resta por realizar una articulación problemática, ausente en los análisis clásicos elaborados desde una perspectiva crítica del neoliberalismo y su expansión a escala planetaria. ¿Cómo puede ser posible establecer una relación entre nuestra definición de la doctrina neoliberal de gobierno y el concepto de hegemonía elaborado por el filósofo italiano Antonio Gramsci?

En primer lugar, es preciso señalar que la noción de hegemonía nos remite directamente al análisis de la dominación social. A diferencia de ciertas perspectivas ancladas en la negatividad del poder, la hegemonía pone de manifiesto la extraordinaria capacidad creativa que aquel presenta a la hora de construir un horizonte delimitado y previsible de conductas humanas suscitadas a tal efecto. En sintonía con esta sugerente lectura, la hegemonía abre la posibilidad de pensar cómo se determina un campo de acción humana inducido desde una determinada conducción intelectual, política y moral; que emana del hecho de detentar una primacía ineludible en la estructura económica pero que, contradiciendo al marxismo vulgar o estrictamente economicista, no se traslada mecánicamente a la posibilidad de ejercer el liderazgo sobre la sociedad civil. Para que una fracción social pueda imponer sus intereses particulares como si se tratara del "despliegue de las energías nacionales" (Gramsci; 2011: 415), es decir universalizar su concepción del mundo, debe realizar una serie de concesiones a las clases subalternas que posibiliten el ejercicio de la dominación social por las vías que parten del consenso. Aunque no solamente. Como vimos, tanto el aumento exponencial del desempleo como la transformación radical del marco jurídico que regulaba la relación capital-trabajo constituyó la dimensión coactiva, el juego consenso-coerción, inescindible de la constitución de todo orden hegemónico.

La coyuntura hiperinflacionaria del bienio 1989-1990 permite establecer el vínculo estrecho que señalan Dardot y Laval entre la crisis del Estado de Bienestar y el señalamiento del problema inflacionario, máscara de proa de la ofensiva neoliberal por excelencia. La disolución de los vínculos humanos mediados por

⁷Foucault llama a la insistente articulación que intenta ligar el poder a su faz meramente represiva "La hipótesis Reich". El desarrollo de esta línea argumentativa puede encontrarse en Foucault, 1976.

el dinero que presupone un proceso hiperinflacionario creó las condiciones adecuadas para producir las reformas de mercado que hasta el momento ni la misma dictadura militar estuvo en condiciones de llevar a cabo, a diferencia del caso chileno. En la Argentina, la lucha ideológica por imponer la utopía neoliberal encontró como blanco predilecto, y por cierto el más débil desde el cual ensayar una posible defensa del Estado Keynesiano en crisis, la gestión estatal de las empresas públicas. La lucha interburguesa que subyacía a la dinámica del proceso hiperinflacionario se dio en el marco de un profundo cuestionamiento a la administración estatal de sus recursos, sobre fondo de una creciente valoración de la eficiencia, la productividad y la proactividad que caracterizarían a la gestión privada y que irían colonizando, paulatinamente, la esfera pública. Consenso y coerción convergían como dos momentos tácticos subordinados al objetivo estratégico de rediseñar un modelo societario a partir de la utopía del mercado liberado de todo obstáculo para su libre funcionamiento. Pero la intensidad de la ofensiva neoliberal fue menguando a medida que se debilitaba la sólida legitimación popular con la que contaba al inicio del proceso, particularmente por los estragos objetivos que causaba en el mercado de trabajo.

El predominio del capital financiero en el bloque de poder, impulsor y actor principal de la Convertibilidad, logró encolumnar y subordinar a las restantes fracciones de dicho bloque. La conducción intelectual, política y moral del bloque histórico no dejó resquicio abierto a imprevisibilidad alguna, aunque la hendija que se iría abriendo en los márgenes del orden hegemónico era un trazo inherente del modelo de acumulación de capital anclado en la valorización de capital: resultaba evidente que una vez concluida la cesión de empresas públicas a la “comunidad de negocios” (capital concentrado interno en alianza estratégica con los acreedores de la deuda externa) la Convertibilidad tenía la fecha de vencimiento que determinarían los organismos de crédito multilaterales; tal como ocurrió, puesto que sin financiamiento externo no había forma alguna de sostener tal modelo económico.

La intensa década de 1990 pone de relieve dos aspectos que tomados desde una perspectiva gramsciana, marcan los extremos de un complejo recorrido: el que se extiende entre la conformación de un bloque de poder resultante de la lucha interburguesa, que ejercerá una férrea conducción hegemónica, hasta la emergencia de una crisis orgánica que pone de relieve el derrumbe del rol dirigente de la clase dominante. Pero al mismo tiempo, el desenvolvimiento objetivo de la Convertibilidad como intento de operacionalizar un tipo ideal de sociedad neoliberal se encontraba jaqueado por la progresiva deslegi-

timación y el creciente desafío de los sectores populares por desobedecer el ingreso pasivo a glosar las filas de un ejército industrial de reserva en expansión. En la pérdida irremediable del poder adquisitivo del salario, por medio de la cual se corregía el tipo de cambio apreciado ante la cesión al capital financiero de la soberanía monetaria, se dibuja el deterioro de la hegemonía neoliberal y su acelerada carrera hacia el abismo (Cantamutto y Wainer, 2013). La lucha de clases aceleró el destino al que estaba atada la Convertibilidad, aunque no de manera ineluctable.

Diciembre de 2001 marca la crisis orgánica del orden hegemónico neoliberal. El diseño de un tipo ideal societario con la suficiente capacidad de absorber sus focos de resistencia estaba indisolublemente ligado a la adhesión popular que lograra la estabilización de los precios domésticos luego del trauma social que el proceso hiperinflacionario dejó impreso en la memoria colectiva (Piva, 2013). Pero simultáneamente, y esto es lo más paradójico, la crisis orgánica de la hegemonía neoliberal no supone su equivalente para la racionalidad neoliberal. El neoliberalismo tuvo su crisis orgánica, la que no alcanzó, al menos enteramente, a la racionalidad neoliberal que tradujo una doctrina de gobierno. Y más importante aún: no tuvo el correlato esperado, o asignado, o deseado, en una porción importante de la sociedad civil argentina que independiza, con envidiable facilidad, sus aspiraciones de movilidad social ascendente de las condiciones materiales de vida en el contexto en las cuales éstas se reproducen.

REFLEXIONES FINALES

Por momentos la historia se empecina en volverse particularmente nítida. No es preciso bucear en misterio alguno: cuando en la superficie emergen aquellos elementos que normalmente es preciso exhumar en las más profundas capas geológicas del tiempo acumulado, el desenvolvimiento objetivo de las confrontaciones que ordenan el régimen de acumulación aparecen desnudas ante los ojos de quien quiera observarlas. Podríamos resumir el centro de gravedad de la confrontación afirmando que se trata de dos proyectos antagónicos anclados en la posibilidad de construir un capitalismo neokeynesiano, con fuerte intervención estatal en el diseño de un marco regulatorio de los procesos económicos y procurando ganar grados de igualdad social a partir de captar la renta de los sectores más dinámicos de la economía doméstica, particularmente el sector agroindustrial, mientras que, el proyecto opuesto procura allanar el camino para que los mecanismos de mercado reasignen el excedente social. Este último punto, merece un señalamiento en particular.

El bloque de poder encontró en tres significantes flotantes (Laclau, 2006) la hendidura a partir de la cual azuzar a los gobiernos posneoliberales de la región. Inflación, inseguridad, y corrupción, se alternan tácticamente para deslegitimar aquello que precisamente caracteriza a tales gobiernos y que, simultáneamente, constituye lo que se pone en juego en las elecciones presidenciales de este año en la Argentina: la relación Estado-mercado y los márgenes dentro de los cuales ésta misma transitará.

Hay un déficit importante en el campo popular respecto de la inteligibilidad de la lógica que rige al poder corporativo⁸. En auxilio de tal carencia, la noción de hegemonía nos resulta particularmente útil. Vista desde una perspectiva estrictamente económica, difícilmente los sectores más concentrados de la economía podrían afirmar que la década ganada los encuentra fuera de sus beneficiarios. Más bien todo lo contrario. Sin embargo, este bloque de poder jamás vivirá como propio a la identidad que ejerce el gobierno del Estado por no corresponderse con la suya propia. Esto responde a varias cuestiones, pero son solamente dos las que contienen a las restantes posibles:

1) Puesto que dicho bloque de poder pugna por producir un giro de 180° en el modelo de acumulación y que éste mismo se oriente centralmente a la exportación de productos primarios, retomando el ciclo de endeudamiento externo que supondría la supresión de las retenciones a los commodities agropecuarios y posibilitando la fuga de capitales ya sin ningún tipo de restricciones, el único medio por el cual el poder corporativo puede llevar a cabo tales acciones es accediendo al gobierno del Estado. Este punto se articula con la disolución que propicia el poder corporativo de las instituciones laborales que el kirchnerismo recuperó para relanzar el desarrollo del mercado interno. En este esquema político, el salario dista de ser un costo a reducir, tal como lo sostiene el poder corporativo, sino un impulsor “natural” de la expansión de la demanda agregada.

2) Para lograr tal objetivo estratégico, es preciso construir una opinión pública favorable a tal iniciativa. Pero si bien una porción considerable de la sociedad civil no puso en crisis los “valores” constitutivos de la racionalidad política neoliberal, eso no significa que el recuerdo de diciembre de 2001 no ejerza influencia alguna en la sociedad civil cuya conducción deben retomar férreamente. Si “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”

(Marx, 1975: 15), diciembre de 2001 deja todavía traslucir el rostro de un moribundo que no termina de morir; algo que el bloque de poder no desconoce. Esto está directamente en consonancia con la determinación por hacer estallar el proceso social en curso para encontrar nuevamente el margen de legitimidad para implementar las reformas de mercado necesarias a la expansión del poder corporativo. El lapso que va de noviembre de 2013 a la devaluación de fines de enero de 2014 es particularmente ilustrativo al respecto. Y la conformación del Foro de Convergencia Empresarial constituye un dato no menor, puesto que en su espíritu fundacional descansa la intención de recrear las condiciones necesarias que construyeron, oportunamente, para impulsar el golpe de Estado económico ejecutado contra el gobierno de Raúl Alfonsín.

Es en este punto donde cobra sentido el rol que ejerce el poder hegemónico de los medios de comunicación. La construcción de una opinión pública susceptible de ser conducida por el poder corporativo responde a la necesidad de moldear una iniciativa capitalista cuya legitimidad emergería del caos que aquel se ofrecería a ordenar. De allí que la construcción de un clima social anárquico y completamente desbordado por las circunstancias constituya el punto de partida de cualquier iniciativa tendiente a recrear las condiciones de legitimidad que exige el poder corporativo para retomar el gobierno del Estado. Para el poder corporativo, el kirchnerismo constituye un potencial fuerza transformadora cuyo objetivo estratégico descansa sobre la determinación de fundar un nuevo bloque histórico y de allí que “sientan” su expansión no sólo como una amenaza sino como un gesto de desobediencia que es preciso castigar más temprano que tarde. Es preciso incorporar a los análisis de coyuntura la percepción del poder corporativo respecto del proceso social en curso para matizar los juicios basados en las percepciones subjetivas respecto de cuánto se “avanzó” sobre aquel o si sólo se trata de meros relatos. Desde nuestra perspectiva resulta evidente que más allá de la capacidad material y de la determinación moral del kirchnerismo para transformar el bloque histórico capitalista argentino, el poder corporativo “vive” como una amenaza la consolidación de ésta fuerza social por una razón muy simple: una clase dominante que no ejerce el gobierno del Estado difícilmente pueda conducir el bloque histórico que se encuentra en disputa. En las elecciones de octubre de 2015 se juega no sólo la resolución de la crisis orgánica abierta con el cortejo de muerte y sangre con el que, en diciembre de 2001, se le puso fin a la valorización financiera impuesta con el genocidio. Lo que está en juego, simultáneamente, es si ese mismo bloque de poder que condicionó los límites sobre los cuales transitó la democracia aterrada que emergió de la dictadura cívico-militar, recupera el gobierno del Estado, o no.

⁸Si bien un análisis de tal consideración excede largamente el marco en el que se desarrolla nuestra reflexión, es interesante señalar las fuertes similitudes que encontramos entre conceptos tales como “bloque de poder”, desarrollado fundamentalmente por Nikos Poulantzas y “poder corporativo”, que despliega Sheldon Wolin en “Democracia S.A.”. Mientras que el primero se circunscribe a volver observable cómo se articulan las luchas interburguesas con el Estado en tanto que cristalización de la forma real que asume la reproducción ampliada del capital y su gobierno, el segundo es más bien de carácter “topográfico”. No podría ser de otra manera puesto que Wolin no adhiere a los presupuestos sobre los que se funda la tradición científica fundada por Marx y Engels. Sin embargo, incorpora nuevas dimensiones y problemas ligados a comprender los límites que le imprime a la moderna democracia capitalista el poder corporativo que guía los pasos que asume la fuerte concentración y centralización del capital en E.E.U.U. desde luego, el concepto desarrollado por Wolin involucra un minucioso análisis sobre el rol que juegan los medios de comunicación en tales fenómenos.

► BIBLIOGRAFÍA

- Abeles, M. (1999). El proceso de privatizaciones en la Argentina de los noventa: ¿reforma estructural o consolidación hegemónica? *Revista Época*, año 1 n° 1. Madrid.
- Andrisani, P., Hakim, S. Y Savas, E. (2002): *The New Public Management: Lessons from Innovating Governors and Mayors*. Massachusetts, Kluwer Academic Publishers.
- Audard, C. (2009): *Qu'est-ce que le libéralisme ?* París, Gallimard.
- Azpiazú, D. (2002): *Privatizaciones y poder económico*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – Universidad Nacional de Quilmes.
- Beck, U. (2008): *La sociedad del riesgo mundial : en busca de la seguridad perdida*. Barcelona, Paidós.
- Becker, G. (1960): Becker, G. S. "An economic analysis of fertility", *Demographic and economic change in developed countries*, Princeton, Columbia University Press.
- (1976): *The economic approach to human behavior*, Chicago y London, The University of Chicago Press.
- (1994): *Human Capital. A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference To Education*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Cantamutto, F. Y Wainer, A. (2013): *Economía política de la convertibilidad*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Carter, B. (2006): *The restructuring of national states in the global economy*. In *Globalisation, State and Labour*. Edited by Peter Fairbrother and Al Rainnie. New York, Routledge.
- Clausewitz, C.V. (1984): *De la Guerre*. Paris, Ed. de Minuit.
- Dardot, P. Y Laval, C. (2010): *La nouvelle raison du monde*. París, La Découverte.
- Duménil, G. Y Lévy, D. (2006): *Une théorie marxiste du néolibéralisme*. Actuel Marx / no40. Actuel Marx, París.
- Foucault, M. (2004a): *Sécurité, Territoire, Population*. París, Gallimard-Seuil.
- (2004b): *Naissance de la biopolitique*. París, Gallimard-Seuil.
- (1976): *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*. Paris, Gallimard.
- Gramsci, A. (2011): *Antología*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Harvey, D. (2005): *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, Akal.

- Marx, K. (2002): *El capital*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Pierbattisti, D. (2013) "France Télécom y la internacionalización del management: la privatización de las telecomunicaciones en Francia y la Argentina (1990-2011)". *Revista Trabajo y Sociedad N° 21*. Santiago del Estero, Argentina: Universidad Nacional de Santiago del Estero.
- (2011): "*Las privatizaciones en la Argentina y Canadá: neoliberalismo, gobierno y reforma del Estado*". Revista de la Asociación Argentina de Estudios Canadienses N° 4 abril de 2011. Buenos Aires: Editorial La Ley.
- (2010): "*Del trabajador al colaborador: del uso de la teoría del Capital Humano en el proceso de privatizaciones en Argentina (1990-2001)*". Revista electrónica Observatorio de la Economía y la Sociedad Latinoamericana. N° 128. Universidad de Málaga. ISSN: 1696-8352. <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/ar/2010/dp.htm>
- (2008): *La privatización de los cuerpos. La construcción de la proactividad neoliberal en el ámbito de las telecomunicaciones, 1991-2001*. Buenos Aires, Prometeo.
- (2007): *Clausewitz-Foucault: apuntes para un debate inexistente*". Revista Herramienta n° 36. Buenos Aires: Herramienta.
- (2005): *Destruction et reconstruction des identités au travail en Argentine: la privatisation d'ENTel 1990-2002*. Lille, Atelier National de Reproduction des Thèses.
- Piva, A. (2012): *Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista*. Buenos Aires, Biblos.
- Reich, W. (1972): *L'irruption de la morale sexuelle. Étude des origines du caractère compulsif de la morale sexuelle*. Paris, Payot.
- Von Mises, L. (1968): *La acción humana: Tratado de economía política*. Madrid, Sopec.
- Zarifian, P. (2001): *Le modèle de la compétence. Hauts-de-Seine, Rueil-Malmaison*.